

¿El retorno de los dioses?

Javier Meza G.*

Las imágenes y los altares de la Muerte en las calles son escenografías propias de expresiones barrocas. Las Muertes parecen flotar en medio de la gente y resaltan, obviamente, causando asombro porque a primera vista resultan extrañas. Constituyen escenografías teatrales y fantasmagóricas. Pero de eso se trata: los vestidos recuerdan, más que a las Catrinas de Posada, las imágenes centenarias de las Iglesias Católicas, y ropajes, coronas, adornos, colores, constituyen un todo lúgubre, digno de la Muerte.

Sin embargo, a poco que se estudie la historia de un pueblo, se encontrará uno con que si su religión aparece como un bloque dogmático, para los teólogos y aun para filósofos y juristas, para otras gentes de diversa catadura, es algo de tal riqueza de matices distintos y hasta contradictorios, que sorprende; de suerte que no puede reducirse tal fe a unas cuantas ideas, por profundas y esenciales que se consideren, ni a unas prácticas rígidas, ni a un puro balance negativo, fundado en dos o tres sentencias, más o menos antiguas y repetidas.

Julio Caro Baroja
Las formas complejas de la vida religiosa
(siglos XVI y XVII)

El culto llamado de la Santa Muerte aparece ante nuestros ojos como algo relativamente nuevo y un tanto extendido en nuestras latitudes. Y quizá por falta de memoria nos puede parecer extraño, extravagante y propio de marginados o ignorantes. Pero resulta curioso que se desarrolle sobre todo en los grupos que Michel Foucault calificó de ingobernables. Sin embargo, ¿cómo hablar del culto a la Muerte, santa o no santa, sin recurrir un poco a la memoria? Cualquier culto religioso

es tan viejo como el hombre y, por lo mismo, complejo y sumamente indescifrable. De ahí que con las siguientes líneas sólo pretendemos aproximarnos a un fenómeno que forma parte de las múltiples expresiones que contiene toda creencia, toda religión, y en ningún momento pensar que poseemos al respecto la última palabra. Por momentos puede parecer que nos salimos o evadimos del tema a tratar, pero esperamos demostrar que siempre es necesario mirar atrás y hacia otras partes, hacia otros momentos, y aunque parezca que no está bien, ellos también tienen mucho que decir.

Permítasenos iniciar con dos verdades de Perogrullo: por un lado, somos la única especie que tiene conciencia de su propia muerte, aun cuando no tengamos la certeza de cuándo ocurrirá (excepto que seamos cierto tipo de suicidas) y, por otro, debido a lo anterior, no ha existido ninguna cultura, por simple que sea, que no haya desarrollado o desarrolle un culto y ritos en torno a lo que también se conoce como el enigma de la muerte. En efecto, por ejemplo, las palabras del *Eclesiastés* son palabras quemantes: “Todos caminan hacia una misma meta; todos han salido del polvo / y todos vuelven al polvo” (3; 20).

* Departamento de Política y Cultura, UAM-Xochimilco.

No obstante, han existido y existen diversos modos de enfrentar a nuestra única certeza. A diferencia de nosotros, preñados sobre todo de referentes judeocristianos, para los griegos, por ejemplo, sus actitudes hacia la muerte eran un tanto diferentes. No es casual que se considere que el *Eclesiastés* posee influencias griegas, y por eso también señala: “Felicité a los muertos que ya perecieron, más que a los vivos que aún viven. / Y más feliz que ambos el que aún no ha existido, pues no ha visto las barbaridades que se cometen bajo el sol” (4; 2 y 3). En efecto, para los griegos, los amados por los dioses morían jóvenes, pero la mayor felicidad consistía en no haber nacido. Asimismo, consideraban que la verdadera o auténtica democracia la ejercían los muertos¹. Sin embargo, las almas de los muertos iban con Hades, el dios de los infiernos, y no era, según le confía el espíritu de Aquiles a Odiseo, un lugar propiamente paradisiaco; en él habitaban las almas como sombras inconscientes². Para los griegos y romanos, quienes rigen la vida y la muerte o el destino son las tres Moiras o tres Parcas: una hila el hilo de la vida, otra lo enrolla y la tercera lo corta para terminar con la existencia. También una preside el nacimiento, otra el matrimonio y la última, la muerte. En Grecia, la muerte estuvo personificada por un genio masculino alado, Tánato (hermano de Hipno, el sueño), en Roma fue propiamente una abstracción personificada, Mors. Pero en ninguno de los dos casos tuvo una leyenda³. Nuestra única certeza inspira siempre miedo, de ahí tantos cultos, ritos, mitos, reflexiones, y casi siempre inexorablemente ligados a la religión y a la filosofía. La palabra ‘religión’ viene de *religio*, pero según el filósofo Agamben no proviene de *religare* (lo que liga o une a lo humano con lo divino), como normalmente se piensa, sino más bien de *relegere*:

[...] que indica la actitud de escrúpulo y de atención que debe imprimirse a las relaciones con los dioses, la inquieta

¹ El trágico griego Eurípides se preguntaba: “¿Quién sabe si la vida no es una muerte / y lo que llamamos muerte se llama allí vida?”. También dijo: “No haber siquiera nacido sería lo mejor para los hombres terrenos; / y una vez nacidos, llegar lo antes posible al Hades” (cit. por Nestle, 2010: frag. 638, 53).

² Según Agamben: “En el Hades, las sombras de los muertos repiten al infinito el mismo gesto: Ixión, hace girar su rueda, las Danaides tratan inútilmente de llevar agua en un cántaro que tiene agujeros. Pero no se trata de un castigo, las sombras paganas no son las de los condenados. La eterna repetición es aquí la cifra de una apocatástasis, de la infinita recapitulación de una existencia” (2005: 31).

³ Las Moiras son hijas de Zeus y Temis y son Átropo, Cloto y Láquesis. En el Foro romano estaban representadas por tres estatuas llamadas comúnmente las Tres Hadas o *Tria Fata*, los tres destinos (véase ‘Hades’, ‘Moiras’ y ‘Parcas’, en Grimal, 1981).

vacilación (el “releer”) ante las formas –las fórmulas– que es preciso observar para respetar la separación entre lo sagrado y lo profano. *Religio* no es lo que une a los hombres y a los dioses, sino lo que vela para mantenerlos separados, distintos unos de otros. A la religión no se oponen, por lo tanto, la incredulidad y la indiferencia respecto de lo divino sino la “negligencia”. Es decir, una actitud libre y “distraída” –esto es, desligada de la *religio* de las normas– frente a las cosas y a su uso, a las formas de la separación y a su sentido. Profanar significa abrir la posibilidad de una forma especial de negligencia, que ignora la separación o, sobre todo, hace de ella un uso particular (2005).

Es decir, una grave negligencia sería sentir que somos como dioses o lucrar usando las normas de la separación. A los dioses no les preocupa la incredulidad o la indiferencia, así como tampoco parece preocuparles quién cree en uno solo o en todos ellos. El dios o los dioses ahí están y rendirles culto es más un fenómeno quizá de necesidad y gusto humano, tanto colectivo como individual.

Así como hoy el nihilismo habla de la muerte de Dios, a la destrucción del Imperio Romano le siguió la muerte de los dioses y el establecimiento de un pretendido monoteísmo cristiano de origen fundamentalmente hebreo. Desde su inicio, la Iglesia Católica intentó establecer la creencia en un solo Dios, pero su teología se vio precisada a hablar de tres dioses en uno y a buscar exterminar a los enormes panteones de dioses y diosas heredadas por el mundo antiguo. Tarea esta última más que imposible. A la institución sólo le quedó aceptar sincretismos y superposiciones con todo lo heredado. Baste con indicar que no es fortuito que el 25 de diciembre, para los cristianos el nacimiento del dios-hecho hombre, los romanos lo dedicaran a celebrar el nacimiento de Mitra, ni que los nombres que rigen los días de la semana provengan de los antiguos dioses romanos. Para el poeta Pessoa, la Iglesia Católica no es heredera del Imperio Romano, sino que ella es el Imperio Romano decadente. El pensamiento monoteísta implica un dios terriblemente celoso y egoísta que no admite rivales. Él indica un profundo deseo por controlar las conciencias y los actos de sus creyentes. La ortodoxia hace posible el pensamiento único, intolerante y perseguidor de todos los que no aceptan creer. Por eso es una religión de decadencia, porque al no tener más qué dar, sólo le resta imponerse y renunciar a la vida y a la naturaleza. La religión pagana, en cambio, tiende a ser tolerante, porque, como la propia vida, es plural. Aquella sólo acepta un único punto de vista, una